
Marcela Bravo Ahuja*

*LA ELITE POLITICA
EN MEXICO
Bibliografía comentada*

El interés por el estudio de aquellos individuos que dentro del aparato estatal en México ocupan importantes posiciones se debió, probablemente, a la aparición de trabajos similares centrados en los casos de otros países, Estados Unidos en particular. Nos referimos concretamente a investigaciones como la realizada por Domhoff en *¿Quién gobierna Estados Unidos?*, o la de Mills, en *La élite del poder*.

El presente ensayo pretende evaluar el desarrollo que ha tenido la investigación en torno a la élite política mexicana. Con este propósito, analizaré por separado nueve trabajos sobre el tema, presentados de acuerdo con el orden cronológico en el que fueron escritos. Esto permite apreciar el avance que se ha ido dando en la materia.

Nuestra intención es comentar los trabajos recalcando las preocupaciones nodales que se han presentado, los puntos de controversia, así como los alcances y límites de las aportaciones. Con ello podremos apreciar las líneas que deben dirigir futuros estudios interesados en la élite política mexicana. A final del ensayo se señalan algunas consideraciones en este sentido.

1. Gustavo Hernández, *La movilidad política en México, 1986-1970* Tesis de licenciatura publicada por El Colegio de México, México, 1968. Este escrito comprende una extensa investigación de carácter histórico, que abarca un largo periodo: de 1876 a 1970 lo que, a su vez, da lugar al siguiente ordenamiento temporal:

* Profesora de la FCPS, UNAM, adscrita a la Coordinación de Ciencia Política.

- I. Inicio y formación del porfiriato: 1876-1900
- II. Consolidación del porfiriato: 1902-1910
- III. Revolución armada: 1910-1917
- IV. La lucha revolucionaria: 1910-1934
- V. La época actual: 1934-1970

El autor divide la investigación en dos partes. En la primera se ocupa del análisis de los gobernadores, diputados y senadores, propietarios y suplentes, de varios Estados de la República: Sonora, Michoacán, Guerrero, Sinaloa, Estado de México, Guanajuato y Veracruz. En cada periodo se subraya el número de veces que se ha desempeñado cada uno de los cargos señalados, así como el número de personas que los han ocupado. Con base en lo anterior se construyen cuadros de concentración del poder político. En el caso de los gobernadores también se registra la profesión o actividad básica de éstos antes de llegar al puesto, de donde se infiere el peso político de las distintas profesiones, particularmente de los militares, licenciados en derecho, ingenieros y médicos.

Una vez elaborada esta información, de cuya validez habría que cerciorarse ya que se desconoce a ciencia cierta la fuente de la misma, el autor pasa a reseñar, de manera general, la historia política de cada Estado mencionado, haciendo referencia a la sucesión de sus distintos líderes.

En la segunda parte del trabajo Hernández analiza, en sus distintos momentos, la movilidad política al interior de lo que él llama “el círculo interior porfirista”, así como al interior de los diversos gabinetes revolucionarios y posrevolucionarios. El autor se detiene en tres variables: las profesiones, las edades y los lugares de nacimiento de los miembros de los círculos y gabinetes.

Después de este gran trabajo de recopilación histórica, la tesis termina con unas conclusiones sobre el presidencialismo en México y las modalidades que adquiere la sucesión presidencial. Curiosamente al final se incluye un marco teórico sobre movilidad política en absoluto divorciado del resto del estudio.

2. Carlos Sirvent, “La movilidad sexenal, los secretarios de Estado y el presidente de la república”. En *Estudios Políticos*, Nos. 3-4. México, FCPyS-UNAM, 1975. A partir de este artículo la investigación empieza a fundamentarse en el estudio de los estratos superiores de la burocracia política central. Desde entonces surge como preocupación el analizar las características de aquellos individuos que acceden a la cúspide del sistema.

Sirvent empieza por ubicar teóricamente el objeto de estudio. El per-

sonal de la sociedad política —que asegura el sistema de dominación— se compone, según el autor, de:

- un sector de asalariados manuales;
- un cuerpo represivo;
- un cuerpo administrativo o burocrático;
- la dirección política, también llamada élite política o clase gobernante, en la cual destaca el gabinete y, desde luego, el primer mandatario.

Los dirigentes políticos tienen poder de disposición sobre los medios materiales de administración y sobre el amplio cuadro administrativo. Sin embargo, mientras este último tiene mecanismos de protección —la seguridad en el cargo— los dirigentes aparecen en circulación constante.

La investigación consiste en analizar los currícula de las personas aludidas haciendo énfasis en:

- el número de años de militancia en el gobierno
- el número de puestos ocupados por secretario
- el número de puestos ocupados en la Secretaría de la cual se llegó a ser secretario
- la posición de liderazgo en relación a grupos privados o populares
- el nivel académico
- el puesto ocupado antes y después de ser secretario
- la repetición o no del cargo de secretario en la misma Secretaría.

Según dicha información, los miembros de esta cúspide del sistema tienden a aumentar, pero a permanecer menos en sus cargos. Además, es un cuerpo que cambia casi en su totalidad de sexenio a sexenio.

Por otra parte, cada vez tienen menos años de militancia en el gobierno y han ocupado menos puestos.

De estos datos se desprende que la carrera política dentro de la Secretaría de la que se llegó a ser titular, no parece ser la condición para ocupar el puesto, aunque dicha situación varía según el órgano público de que se trate. El ascenso parece darse por el movimiento en el nivel del cargo, aun cuando se genere en diversas dependencias.

Existen varios canales de ascenso al poder. El primero está constituido por los puestos de elección, o sea el Congreso de la Unión, los gobiernos de los Estados, el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Este conlleva la representación de grupos populares.

El segundo canal incluye los puestos de designación, fundamentalmente en la administración.

Ahora bien, el porcentaje de los cargos por designación ocupados por los secretarios tiende a aumentar, así como tiende a disminuir el porcentaje de los secretarios que han desempeñado puestos de elección.

A este hecho se suma el que los secretarios no han sido predominantes líderes populares, sindicales, campesinos o de cualquier otra procedencia. Asimismo, en general, tampoco han pertenecido abiertamente a grupos privados y mucho menos han alcanzado en ellos puestos de dirección.

El ascenso de los secretarios parece darse por su capacidad política demostrada a través de puestos de designación, o sea, en tareas administrativas.

Ligado a lo anterior está el que los secretarios tienen cada vez una mayor preparación, elemento que debe relacionarse con su origen de clase. Una pregunta central derivada de todo lo anterior es: ¿de dónde adquiere el secretario el poder que le permite jugar con cierta independencia, del manejo y representación directa de grupos determinados, o de un poder concedido por el presidente? El autor se inclina por pensar que el secretario posee la facultad de negociación en la medida que mantiene una posición indefinida hacia los distintos grupos institucionalizados. Además, como anteriormente se afirmó, ejerce el control de los medios administrativos que le confiere el cargo.

Es así como el gabinete se conforma de las cabezas de las distintas fuerzas, articula el poder y hace posible la dirección política.

3. Carlos Sirvent, *La burocracia central en el sistema de dominación mexicana*. Tesis de doctorado, México, FCPyS, 1975. En este texto se expone la posibilidad teórica de sustentar la formación de una clase o fracción de clase a partir del aparato político.

Se menciona aquí tanto el despotismo oriental en el que la clase dominante emana del aparato de Estado —el cual concentra la mayor parte del sobreproducto social y lleva a cabo las grandes obras públicas—, como el de algunas formas precapitalistas en las que la clase-Estado domina el proceso productivo, dado que lo organiza y planifica.

Asimismo, se estudia el caso específico de los países que se encuentran en la etapa de construcción socialista, en los que se puede hablar de la burocracia política como clase social, en tanto constituye una minoría dirigente que toma las decisiones determinantes de la economía; a ella se opone un proletariado relegado a funciones de pura ejecución y al cual se le extrae igualmente un excedente.

Dentro de otra línea, el análisis de las élites supone la existencia de un grupo gobernante compuesto por quienes toman las decisiones políticas, definiéndose como élite política o clase gobernante.

De lo anterior se desprende, según el autor, la posibilidad de estudiar

en el seno del aparato político de dominación mexicano, la constitución de un sector que manda, en estrecha relación con la burguesía, en tanto la racionalidad que impone tiene una clara línea de modernización capitalista. Es más, concluye Sirvent, dicho sector se conforma como fracción de la burguesía, y se le puede denominar burguesía burocrática. En efecto, se apropia de una parte de la riqueza, aun sin participar directamente en la producción; riqueza que después convierte en capital. La burguesía burocrática se encuentra por tanto ligada a la burguesía por intereses económicos, pero a la vez mantiene intereses propios y debe atender los apoyos de las clases dominadas. Ello crea al interior del aparato de dominación una serie de contradicciones, que se ven aumentadas con las fracturas que surgen al interior de dicha fracción de clase, las cuales explican la renovación periódica de las posiciones de mando.

4. Jorge Alonso, *La dialéctica clases-élites en México*. México, 1976, ediciones de la Casa Chata. En este libro, el autor expone consecutivamente la teoría marxista de las clases sociales, así como la teoría paretiana de las élites, para, finalmente, preguntarse si los que mueven la historia son los grandes conjuntos humanos o las camarillas de los mejores. Se da un posible complemento dialéctico entre ambos enfoques, responde el autor.

En una visión macroanalítica, nos dice, las clases son lo importante. Pero aun en esta perspectiva es necesario el análisis de los grupos dirigentes, lo más destacado de la clase, que hace posible que ésta se concrete como clase en la toma de conciencia y en su organización. El problema radica en distinguir y saber coordinar lo estructural y lo coyuntural, el enfoque de gran historia y pequeña historia. Así, las clases permanecen como visiones amplias y las élites llegan a ser las concreciones más cercanas a los movimientos cotidianos.

La relación clases-élites es dialéctica. La élite sin la clase nada puede hacer; pero la clase sin la élite no se constituye como tal ni llega a la realización de sus intereses objetivos. Tal dialéctica la asumió perfectamente Gramsci al introducir el concepto de intelectual orgánico.

A continuación Alonso intenta demostrar su hipótesis en el caso específico de México abarcando la historia del país aproximadamente de 1925 a 1945. El autor analiza como se va fortaleciendo en México la élite burguesa y la élite política, y cómo éstas se interrelacionan, dado que se impulsa una acción rectora del Estado en la economía y que los administradores públicos se vinculan con los hombres de negocios prominentes.

En concreto Alonso menciona que la élite política se finca económicamente en las mejores tierras del noroeste. Por otro lado, estudia la manera en que las obras de infraestructura que promueve repercuten en

su enriquecimiento, en tanto éstas las benefician de modo directo, además de que su realización propicia una gran corrupción.

Enseguida, el estudio retoma las pugnas al interior de la élite política, en particular entre obregonistas y callistas, hasta la consolidación de éstos como élite durante el Maximato. Sin embargo, dicha pugna de élites no es expresión de lucha de clases. Los movimientos populares son organizados desde la cúspide del gobierno para su fracaso y control.

Con el fin de dirimir bajo su mando la pugna entre distintas facciones es que Calles creó el partido oficial, proceso a través del cual se institucionaliza la vía de acceso a los puestos de poder, y se imponen las reglas del juego político.

Más tarde, el choque callista —cardenista representa de nuevo un movimiento de élites, apoyadas en las presiones de clases que siempre se mantienen controladas. En ese sentido es que Cárdenas aprovecha el descontento del sector obrero para encumbrarse.

La élite callista se tambalea debido a la crisis agraria y laboral. Cárdenas estaba apoyado en una élite populista y nacionalista que tenía nuevas aspiraciones; por lo mismo, incorpora nuevos líderes obreros y campesinos a las emergentes organizaciones y programas. El descontento de Calles no se deja esperar y su pugna con Cárdenas termina al salir —el primero— del país.

No obstante, el autor hace hincapié en que las estructuras de poder siguen intactas durante este proceso, por lo que el cambio fue sólo un cambio de modo.

Las modificaciones en la élite política continúan durante el cardenismo en la medida en que los radicales van siendo reemplazados por los moderados. Alonso refiere la existencia de una subélite populista y de otra nacionalista y señala cómo ésta última toma las riendas del poder.

Los puntos anteriormente planteados, así como las presiones de los industriales, los problemas con el exterior y la crisis inflacionaria, explican la designación de Manuel Avila Camacho como candidato presidencial.

Cárdenas mismo prepara el terreno para la irrupción de una élite política abiertamente propiciadora de los intereses burgueses. Con Avila Camacho se estrechan los lazos entre la élite del gobierno y la élite mexicana industrial. El Estado reduce un tanto la inversión social, pero mantiene en alto nivel la destinada a obras públicas.

La élite del gobierno se mantiene como rectora de la industrialización nacional y con esto beneficia sobre todo a la élite industrial que nace ante la demanda de sustitución de importaciones. El resultado es que los grupos industriales recobran la confianza y se logra un periodo de crecimiento económico.

En suma, al final del sexenio ya estaba constituida la familia revolucionaria, la cual había desplazado a los militares del escenario político y del partido en el poder, que, por esta etapa, entra en una etapa de burocratización. Los revolucionarios enriquecidos se convierten asimismo en empresarios y pasan a formar parte de la élite financiera. De esta forma, la élite avilacamachista da paso a una élite más definida y poderosa: la alemanista, también gestada en su seno.

5. John Nagle, *Sistema y sucesión. Las bases sociales del reclutamiento de la élite política*. México, Premiá editora, 1979. El trabajo de Nagle comprende un análisis comparativo de las bases sociales de reclutamiento de la élite política en cuatro países: Alemania, Rusia, Estados Unidos y México.

En el caso de nuestro país, examina la ocupación principal y el logro educacional más alto alcanzados por los detentores de puestos en el gabinete, gubernaturas, senadurías y diputaciones entre 1940 y 1970. Las ocupaciones señaladas son obrero-empleado, propietario, militar y profesional. Los rangos académicos que se apuntan son: primaria, secundaria y universitario.

Con base en esta información el autor confirma varios puntos, los cuales inscribe dentro de una interpretación marxista de la composición del Estado en el capitalismo. Asimismo, Nagle se fundamenta en diversas observaciones que sobre nuestro sistema político han hecho algunos estudiosos estadounidenses. Nos referimos a trabajos como los de Anderson y Cockroft, Brandenburg o Hansen.

De esta manera, el autor indica que el ejército ha sido gradualmente eliminado como fuente de reclutamiento de la élite política mexicana. El vacío que éste ha dejado se ha ido llenando, no por los capitalistas directamente, sino por los profesionales liberales. A su vez, los estratos sociales más bajos han sido también excluidos de los niveles políticos efectivamente altos, limitándose a aparecer en los estratos inferiores, simbólicos del sistema nacional.

Con lo anterior tenemos que, a partir del cardenismo, México se desplaza con claridad hacia la derecha, por la vía del desarrollo capitalista. Por lo mismo, el poder político efectivo es cada vez más monopolizado por estratos sociales superiores compuestos no de industriales y terratenientes, pero sí de individuos en íntima relación con el éxito y la sobrevivencia del sistema. Paralelamente se reservan puestos políticos simbólicos a la clase de los asalariados, con el fin de establecer lazos visibles con las masas populares y lograr así la legitimación del régimen.

La lógica de reclutamiento político señalada, también explica el que los detentores de puestos de importancia tengan tendencialmente mayores niveles educacionales. Dicho análisis, apunta Nagle, coincide con las

anotaciones de autores como Smith o Camp, los cuales igualmente observan la emergencia del técnico de gabinete, del despachador de la administración pública bien preparado.

La transformación de la base social en el reclutamiento de las élites después de Cárdenas, dice Nagle, fue gradual, y en gran parte se hizo gracias a procesos de reclutamiento diferenciados, en las sucesivas cohortes de edad políticas o generaciones de ocupantes de los puestos.

Por último, el autor explica que la clase superior no ha ejercido un verdadero dominio sobre los puestos en el Congreso, ya que éstos no representan posiciones de poder efectivas, como sucede en un sistema pluripartidista. Sin embargo, en un momento de crisis, puede esperarse que el liderazgo, simbólico de la clase trabajadora se convierta en un trampolín para una confrontación entre clases, poniéndose en entredicho la legitimidad del régimen.

6. Peter Smith, *Los laberintos del poder. El reclutamiento de las élites políticas en México*. El Colegio de México, México, 1981. El libro comprende el estudio abrumador de un conjunto de funcionarios que han pertenecido a la administración pública desde 1900 hasta 1971.

El autor lleva a cabo su trabajo a través de un enfoque que él mismo califica como empírico. Identifica una serie de cargos que a su juicio son los más relevantes en la estructura del poder en México. Elabora un registro del personal que los ha ocupado e inicia la búsqueda de sus biografías y carreras políticas. Sus asertos derivan de la interpretación de dichos datos, los cuales para no ser sólo presentados en su aspecto cuantitativo son sometidos a un análisis comparativo.

En primer lugar estudia a la élite política por régimen presidencial, pero también según ciertas coordenadas políticas que establece entre la élite prerrevolucionaria (1900-1911), la revolucionaria (1917-1940) y la élite posrevolucionaria (1941-1971). Otro conjunto de comparaciones se centra en las élites a diversos niveles de la administración pública. En tercer lugar se establecen homologaciones entre la élite política y otras esferas de influencia, en particular con el sector económico. Igualmente se equiparan las características de las élites políticas mexicanas con las otras existentes en el país y, finalmente, con las élites políticas de otras naciones.

La investigación aborda dos grandes temas: las cualidades que condicionan el ingreso al poder y las características de las carreras políticas.

En cuanto al primero, el autor recurre al estudio de varios factores tales como el lugar y fecha de nacimiento, el oficio del padre, el nivel educativo y la ocupación.

Apoyado en estos datos, Smith afirma que desde el comienzo de este siglo la clase media ha sido el campo de reclutamiento de las élites polí-

ticas, antes, durante y después de la revolución. La único que hizo la revolución en este sentido fue distribuir el poder político entre segmentos relativamente desposeídos de la clase media. La revolución significó una lucha entre dos elementos de la clase media de México: los de adentro y los de afuera. Sin embargo, los líderes políticos recientes, posrevolucionarios, provienen, de nuevo, de un medio fundamentalmente urbano; muestran un nivel educativo elevado; muchos de ellos, además, han sido entrenados como técnicos para resolver los problemas del desarrollo, al igual que los científicos del porfiriato.

Sobre el origen social, Smith sustenta que este factor ha jugado un papel determinante en las posibilidades de acceso a la élite política nacional; sin embargo, la procedencia social importa relativamente menos en la determinación de qué tan arriba puede llegar una persona en la escala política. El autor señala condiciones hasta cierto punto necesarias para ingresar en la política, pero no suficientes, y sobre todo no suficientes para tener éxito en política.

Después de esto, Smith pasa al estudio de las carreras políticas. La intención aquí es detectar los patrones que las definan, o sea, las reglas del juego político en México. Para ello identifica tres redes de acceso al poder: la electoral, que comprende el gobierno municipal, la burocracia de los estados, las organizaciones funcionales, el partido oficial, congreso y gobernaturas; la administrativa, compuesta por el sector parastatal, y la ejecutiva, que incluye la burocracia nacional, el gabinete y el subgabinete.

Smith refiere que en la época prerrevolucionaria el sistema era estático, rígido y cerrado. La revolución, dice, inauguró una época distinta: la repetición se redujo enormemente, la movilidad social se suscitó con mayor rapidez y las carreras ganaron flexibilidad.

En suma, prevalecían la improvisación y la diversidad. No obstante, la institucionalización introdujo nuevos elementos de predictibilidad. Así, los patrones de las carreras políticas de la cohorte 1946-1971 son más discernibles que los de 1917-1940.

Más adelante, Smith profundiza en dos problemas complementarios:

- saber si los que detentan cargos políticos han pertenecido a algún régimen anterior;

- conocer la continuidad y movilidad interna de la élite política. Es decir, descubrir si dentro de ella se presenta una movilidad ascendente, descendente o una continuidad en el mismo puesto.

A raíz de la Revolución, el autor observa la tendencia a ocupar puestos de importancia únicamente durante una administración. La élite política se ha caracterizado por una alta tasa de rotación, prevaleciendo, por un lado, los cambios de un puesto a otro de la misma jerarquía,

y, por otro, una movilidad que va de los estratos más bajos a los más altos de la élite.

Ahora bien, dicha rotación de la élite ha fortalecido el predominio de la clase media en los términos mencionados. Además, desde los años cuarenta los procedimientos de reclutamiento y selección han recuperado los niveles de control centralizado mostrados durante el régimen de Díaz. En suma, el sistema político mexicano ha encontrado una nueva fórmula para reinstitucionalizar la esencia del porfiriato.

En una tercera parte del trabajo, Smith califica como la estructura de poder política del país e indica que, desde sus niveles, superiores, dominan dos élites distintas y competitivas: una política y otra económica. Ambas comparten intereses específicos, como es la promoción de la acumulación de capital pero, a la vez, luchan por ganar el control sobre el proceso de desarrollo y por la supremacía de la una sobre la otra. Contrariamente a esto, el régimen de Díaz sí creó una auténtica élite del poder unificada. En el México contemporáneo este no es el caso y resulta ser un motivo importante de tensiones.

En este apartado, asimismo, el autor lleva a cabo un estudio sobre la Cámara de Diputados, la cual, según él, no juega ningún papel importante en la toma de decisiones políticas, pero da un barniz de democracia y representatividad al sistema. Por una parte, la Cámara es un medio para recompensar la lealtad al régimen; por otro, es un instrumento para cooptar disidentes potenciales y líderes independientes.

Smith analiza el sistema de reclutamiento y de selección del Congreso y observa que éste redundante de manera consistente en beneficio de la clase media, ya sea porque cerca de la mitad de los diputados viene del sector popular, ya sea porque un número importante de representantes obreros y campesinos comparten un origen de clase media.

Por último, el autor trata de derivar una serie de reglas que norman el progreso político individual en el régimen autoritario establecido en México desde los cuarenta. En principio sugiere:

Para tener éxito en política:

1. Estudie una carrera universitaria, de preferencia en la UNAM.
2. Ingrese al PRI.
3. Acepte cualquier cargo que pueda obtener en la política o en el gobierno y cuanto antes mejor.
4. Ya que esté en la política, prepárese para competir.
5. Estudie el sistema.
6. Siempre que haya la posibilidad, trate de obtener un puesto en la ciudad de México.

7. Haga todos los amigos que pueda, sobre todo entre sus superiores.
8. Capitalice sus relaciones familiares.
9. Si ha decidido formar parte de un equipo o de una camarilla, elija con mucho cuidado a su jefe.
10. No se enemiste con nadie.
11. No hunda el barco.
12. Evite los errores.
13. No haga declaraciones que propicien controversia.
14. Si tiene que hacer una declaración pública, utilice el lenguaje adecuado.
15. Turne las decisiones políticas a sus superiores.
16. Evada los medios de comunicación y la excesiva responsabilidad, pero trate de destacar.
17. Trabaje rápido.
18. En vez de perder tiempo en el cargo que ocupa, siga haciendo amigos.
19. Respete la ley de la ineficiencia productiva.

Para aceptar la derrota:

1. Si no obtiene el cargo deseado, sea paciente.
2. Una vez que esté en la élite política, prepárese a salir de ella.
3. Aun en la cúspide de su carrera, sea siempre amable con sus subordinados.

Después de estos consejos, el trabajo termina con un microanálisis en torno a la sucesión presidencial de 1976, enfocado como un estudio de caso del proceso político.

7. Roderic Camp, *Los líderes políticos en México. Su educación y reclutamiento*. FCE, México, 1983. El trabajo de este autor es resultado del análisis de datos biográficos de líderes políticos mexicanos. Sin embargo, su banco de información únicamente comprende a las personas que ocuparon altos cargos públicos entre 1935 y 1976. En cambio, es más detallado que el de su colega. Además, el estudio se complementa con varias entrevistas llevadas a cabo por Camp con importantes funcionarios.

El análisis de dicho autor tiene de particular el centrarse fundamentalmente en el papel de la educación en el reclutamiento político en nuestro país. Presenta así la siguiente hipótesis: la UNAM ha funcionado como la institución docente más importante para conducir a los nuevos líderes hacia el sistema político. La Universidad, entonces, ha reempla-

zado de manera desproporcionada a otras instituciones educativas mexicanas y, lo que resulta más interesante, ha reemplazado a instituciones políticas, tales como el partido, la burocracia y los gobiernos locales, los sindicatos y el ejército.

Como consecuencia de lo anterior, el régimen se ha vuelto aún más cerrado. Tenemos así que, en México, los líderes no sólo se parecen más entre sí, sino que, además, la forma en la que se les reclutó o el canal que siguieron se empieza a parecer al de los administradores de alto nivel británico de la primera mitad de este siglo.

Los profesores universitarios que son líderes políticos venturosos, sostiene Camp, inician a algunos de sus alumnos en la carrera política. Los estudiantes que participan en asuntos políticos, cuando tienen éxito y se vuelven a su vez reclutadores, al seleccionar a sus colaboradores, con frecuencia recurren a relaciones que hicieron durante sus años de estudiantes, reforzando así la importancia de la Universidad como el punto central del reclutamiento político en México. De este modo, los egresados de las facultades o incluso pequeños círculos de amigos de las universidades regionales, forman grupos a los que se denominan camarillas, y adquieren importancia en ciertas administraciones o hasta en ciertas secretarías.

La élite política mexicana, dice Camp, no es tan homogénea como se podría esperar dentro de un régimen autoritario. En este sentido, las opiniones ideológicas son importantes en el reclutamiento político, pero no más importantes que la lealtad o el grado de confianza que se tiene en una persona. De aquí la trascendencia de los vínculos de camarilla, y también los familiares. En México, así, la representación de un grupo personal es mucho más importante que la representación de las organizaciones.

Ahora bien, de lo anterior se desprende, según el autor, la explicación de la unidad del liderato político de nuestro país, y su consecuente estabilidad política, ya que el sistema de reclutamiento impide que haya sustanciales diferencias políticas entre dos administraciones sucesivas.

Por último, cabe señalar que en el estudio también se hace referencia al rol de la capacidad intelectual y de la habilidad en los procesos de reclutamiento político. Camp menciona la capacidad organizativa y la capacidad de persuasión en la movilización de multitudes y dentro de pequeños grupos de colegas. La capacidad para tratar con un pequeño grupo parece haber tenido recientemente más peso que la de movilizar a las multitudes; sin embargo, podría necesitarse esta última, dados los cambios que parecen estarse llevando a cabo.

En el trabajo se retoman otros elementos que de hecho influyen en el reclutamiento político, como es la edad o el origen geográfico, pero sólo

se profundiza en los antecedentes educativos de los líderes políticos. Así, el que la mayoría de estos últimos provenga de medios urbanos y de clase media y, por ende, favorezca a tal estrato, a expensas de entrar en conflicto con los grupos empresariales, se relaciona con el que se haya estudiado en la UNAM, cuyos alumnos comparten fundamentalmente dichas características.

Los futuros líderes políticos son reclutados de la Universidad hacia el sistema, en particular hacia la administración pública. Camp confirma una tendencia: los líderes políticos que escalan más alto están siguiendo actualmente carreras eminentemente burocráticas.

En fin, para el autor todo parece probar la existencia en México de una élite política compuesta por un grupo de individuos capaces de transmitir el poder por medio del patrocinio de carreras dentro de una generación que, a su vez, patrocina las carreras de la siguiente.

8. Miguel Basáñez, *La lucha por la hegemonía en México, 1968-1980*. México, ed. S. XXI. En el segundo capítulo de su libro Basáñez intenta hacer una clasificación de los funcionarios del sector público.

El primer criterio utilizado es el del lugar de trabajo, diferenciando entre los poderes tradicionales, el sistema de partidos gubernamentales y el sector paraestatal. Luego, se pasa a una clasificación por niveles de poder e influencia, que sirve al autor para destacar a la élite política y a su estrato superior. Finalmente, se divide al sector público según los asuntos que los funcionarios enfrentan.

Los políticos, herederos de la burocracia político-militar se ocupan de vigilar la marcha del sistema político y de mantener su estabilidad. Los técnicos, fracción moderna del sector público, se encargan de los problemas económicos y financieros. Los especialistas, herederos de la burocracia administrativa mexicana, tienen encomendados los servicios generales del gobierno.

Para captar las diferencias y similitudes entre estas fracciones. Basáñez analiza siete puntos: el origen social de sus miembros, los patrones de reclutamiento y carreras, la movilidad ascendente, los intercambios laterales, la toma de decisiones, la línea de lealtad y, finalmente, las interacciones, relaciones y alianzas.

Los políticos tienen, por lo general, origen obrero o campesino, a diferencia de los técnicos o especialistas que provienen de la clase media o de plano dominante.

Los políticos se reclutan o ascienden por su habilidad y relaciones personales. Lo mismo sucede en el caso de los técnicos y en el de los especialistas, pero en éstos la preparación académica y la calificación profesional también juegan un papel importante.

Entre las organizaciones operativas de cada fracción existen inter-

cambios laterales. En menor medida hay políticos que provienen de los gobiernos locales y de la comunidad de especialistas. Asimismo, hay técnicos que pertenecen al sector privado.

Por otra parte, entre las tres fracciones se establecen interacciones a nivel económico, social, político e ideológico. A la vez, todas interactúan con empresarios tanto nacionales como extranjeros.

A la luz de lo anterior, dice el autor, el sector público puede aparecer como un bloque sólido. Sin embargo, un análisis más depurado revela grupos poderosos diferenciados. Entre los políticos, los grupos presidenciales (el del presidente en turno y los de los expresidentes) y el grupo de Fidel Velázquez. Entre los especialistas, los grupos monetarista y estructuralista. Es por ello que Basáñez se aboca a su estudio.

Según él, se puede hablar de un grupo cuando éste cuenta con un liderazgo identificable, una organización formal o informal, un conjunto de reglas implícitas o explícitas y, por último, cuando genera una noción de equipo o corriente.

Sobre el presidente se mencionan cuatro etapas de poder: la emergente, relativa al primer año de campaña; la de bajo poder, correspondiente a los primeros tres años del sexenio; la del alto poder, referente al cuarto y quinto año, y la declinante que incluiría los últimos doce meses de la administración.

El presidente controla al PRI, al Congreso de la Unión (aunque los tres primeros años éste es heredado del régimen precedente) y a los gobiernos locales. Sin embargo, debe ceder espacio político a otros grupos. Su radio de acción tiene que ver más con lo que las circunstancias le permiten hacer que con lo que desea hacer.

Sobre los expresidentes, dice Basáñez, todo régimen ha sido eclipsado por su sucesor. Pero todos han servido a sus propósitos en la medida en la que han dejado legados viables. En este sentido, las sucesiones presidenciales pueden estudiarse como soluciones funcionales.

De Fidel Velázquez, el autor señala que ha sido el constructor de uno de los grupos políticos más poderosos, que ha otorgado apoyo al Estado a cambio de concesiones laborales. Si bien la Confederación de Trabajadores de México se caracteriza por ser una fuerza represiva y corrupta, cabe reconocer que ha contrarrestado las corrientes que obstaculizarían los logros de la clase obrera.

En cuanto a los grupos de especialistas, los monetaristas propugnan por un funcionamiento libre del mercado y de los mecanismos de precios; mientras, los estructuralistas defienden una intervención conciente del Estado en la economía. Los primeros sostienen, pues, una posición afin al Fondo Monetario Internacional, en tanto el discurso de los segundos es semejante al de las instituciones académicas del país.

Para terminar su análisis del sector público, Basáñez lleva a cabo una revisión de los rasgos ideológicos que lo han caracterizado, objetivos previstos y logros.

9. Rogelio Hernández, *Formación y trayectoria de los secretarios de Estado en México*. México, FLACSO, 1984. El trabajo de Rogelio Hernández se limita al análisis de gabinetes y presidentes de la República, como lo hizo Carlos Sirvent, diez años antes, sólo que esta vez la información va de 1946 a 1982. Como fuentes se utilizan los datos de Roderic Camp y para algunos casos, revistas y periódicos de publicación reciente.

Más que la clase de pertenencia del político mexicano, al autor le interesa conocer las verdaderas cualidades de éste. Su objetivo es criticar a Peter Smith, para quien el ascenso político se da únicamente por relaciones personales y la carrera política parece una especie de escalafón. De esta manera, dice, todo el problema consistiría en ingresar al cauce seguro.

Hernández se empeña en demostrar todo lo contrario, después de haber hecho una breve teorización sobre nuestro sistema político, en la que, siguiendo a Linz, se le califica no como totalitario pero sí como autoritario. El sistema, se apunta, tiene un pluralismo político limitado, cuenta con muy poca movilización y el partido oficial no controla todas las vías de acceso al poder. Sin embargo, sí comparte, a diferencia de lo que Linz señala para los sistemas autoritarios, una ideología propia.

Para el autor, el político mexicano es un profesional que aprende su oficio a través de ciertos medios y modalidades a lo largo de su carrera política, para la cual no existen trayectorias lineales específicas.

Son varias las variables que se tienen en cuenta, por secretario de Estado y presidente:

- número de años en la política antes del puesto más alto.
- Número de puestos en cada una de las redes de acceso al poder: a saber, la electoral, el Partido Oficial y la administrativa.
- Institución de la que depende el puesto.
- Nivel administrativo de cada cargo.
- Tiempo de permanencia en cada puesto.
- Grado de familiaridad de los puestos con una tarea específica.

El político mexicano, afirma Hernández, no surge inesperadamente en el medio, sino que adquiere un adiestramiento personal en la práctica misma de su profesión. A la política le dedica la mayor parte de su vida. Su ascenso no es ni seguro, ni fluido, ni predecible. Fundamentalmente, depende de la capacidad, misma que el sistema se encarga de ir verificando en cada cargo.

Ahora bien, según los datos, el grado de familiaridad de los puestos que va ocupando cada individuo, demuestra que se prepara en una esfera. Esto es: en el transcurso de su carrera adquiere cierta especialidad, por lo que se hace posible la movilidad y concretamente el ascenso. Dicha movilidad es paulatina, progresiva: cada rango permite alcanzar otro superior.

La movilidad del político mexicano, en cuanto a la importancia de los distintos cargos que va ocupando, es el factor clave de análisis más que el cambio de cargos en sí. Sobre este punto, el autor construye un índice de rotación resultado del número de puestos de cada persona dividido entre el número de años previos a su designación como secretario, y obtiene que éste es generalmente bajo. Este hecho, aunado a que encuentra en el personal un alto promedio de permanencia, calculado por el número de años en la política entre el número de cargos, le permite explicar la estabilidad del sistema político y la continuidad de los programas.

Cabe señalar que todas las mediciones se hacen por separado para las tres redes de acceso al poder indicadas. Según esto, ni los cargos de elección ni el PRI son tan importantes para conseguir el más alto grado político. O sea, que la capacitación corre por cuenta de la administración pública. Lo anterior, dice Hernández, no es privativo de algún sexenio o etapa histórica. Por lo mismo, el autor niega que, en demérito de los políticos, haya habido, a partir de los setenta, una irrupción de tecnócratas en el sector público.

Otra cuestión que el autor estudia en los miembros de los gabinetes es su cercanía con el presidente en turno. A este efecto se examina:

- si laboraron juntos;
- si estuvieron en las mismas legislaturas;
- si sus puestos tenían relación;
- y si fueron condiscípulos.

Según esta información, las designaciones no son tan eventuales como a menudo se piensa. Todas ellas poseen detrás una sólida capacitación probada. Pero claro está, la capacidad no basta para llegar a ser secretario de Estado; también debe tenerse contactos, relaciones personales. En política la confianza se convierte en algo trascendente, así como la afinidad ideológica. Los contactos personales pueden, entonces, inclinar la balanza para obtener un puesto. Pero la amistad encuentra sus límites en la capacitación. Además, hay que considerar que un presidente no puede contar con el número de conocidos necesario para curbir todos los puestos.

Un punto más que se analiza en el trabajo es el futuro previsible de los secretarios de Estado. Según los datos, lo más probable es que no repitan. Su puesto no depende del presidente saliente; el presidente que entra conforma con toda independencia su gabinete. Sin embargo, los exsecretarios de Estado pueden ser aprovechados en otros cargos, prolongándose así su vida política.

Para terminar, el autor reconoce la capacitación de los políticos mexicanos pero, dice, están formados desde un horizonte gubernamental y se encuentran alejados de la sociedad civil. Aquí, afirma, sí existe una diferencia generacional. Hasta 1946 se habían formado muy cerca de las organizaciones, no necesariamente como sus líderes, pero sí en contacto con ellas. En este sentido, a menudo provenían de provincia. Sin embargo, con la institucionalización, la preparación se convirtió en la mayor exigencia y esta situación cambió.

Consideraciones finales

Una vez presentados los trabajos más destacados sobre la élite política en México, podemos apreciar mejor el panorama de la investigación en este rubro.

La tesis de Gustavo Hernández es, desde luego, muy especial. Constituye un esfuerzo pionero en un tema casi desconocido que abarca un periodo muy largo (de 1876 a 1967) mientras que de los otros investigadores, el que más se remonta es Peter Smith, y sólo lo hace hasta 1900. Por otra parte, sin contemplar tantos puestos y a los funcionarios que los han ocupado (Peter Smith o Roderic Camp cuentan con unos bancos de información sobre dirigentes nacionales enormes), considera a líderes locales. A través de este estudio, por lo mismo, se profundiza en la estructura del poder vigente en ciertas regiones, en concreto en ciertos estados de la República, siendo que las demás aportaciones son prácticamente centralistas.

Con el artículo de Carlos Sirvent empieza la tendencia a estudiar tan sólo a los estratos superiores de la burocracia política central. Como lo hiciera Rogelio Hernández diez años después, Sirvent se limita al estudio de los secretarios de Estado, recabando datos sobre los funcionarios públicos que autores posteriores ampliarán considerablemente, pero, a fin de cuentas, considerando, como se hará más tarde, variables relacionadas con la cualidades que condicionan el ingreso al poder¹ y otras

¹ Edad, nivel académico, posición de liderazgo en relación a grupos privados o populares. Roderic Camp se centrará fundamentalmente en el papel de la educación

que se vinculan con las características de las carreras políticas.² De esta manera, el autor formula preguntas que hasta nuestros días se discuten: ¿Cómo explicar el ascenso político? ¿De dónde viene el poder de los secretarios?

Los secretarios de Estado, apunta Sirvent, no han sido predominantemente líderes populares, sindicales, campesinos o de cualquier otra procedencia; ni tampoco han pertenecido a grupos privados. Su éxito parece haberse dado a través de ascensos en el nivel del cargo, al interior de diversas dependencias, principalmente administrativas, y de su capacidad política demostrada.

Rogelio Hernández profundiza en estas afirmaciones. Su tesis, gira en torno a la crítica de Peter Smith, ya que éste sobreestima, a su juicio, el papel de las relaciones personales para hacer carrera política.

En su libro *Los laberintos del poder*, Peter Smith intenta derivar del estudio de las biografías políticas por él recopiladas las reglas que norman el progreso político individual. La carrera política se reduce así, según el autor, a una especie de escalafón, y todo el problema parece consistir en ingresar al cauce seguro.

Rogelio Hernández, por el contrario, sostiene que en las carreras políticas no existen trayectorias lineales específicas. Según él, el ascenso de un político depende fundamentalmente de la capacidad y de la habilidad que éste va acumulando en la práctica misma de su profesión, la cual lo va adiestrando y preparando en una área determinada. Es así como su movilidad se da pausada y progresivamente, a través de distintos cargos interrelacionados, cada vez de mayor rango.

Las relaciones personales de un político tienen, desde luego, su importancia, dice el autor, y pueden inclinar la balanza para que consiga un puesto, pero no son condición suficiente. La amistad encuentra sus límites en la capacitación.³

Hasta aquí, el análisis de Rogelio Hernández, aunque más profundo que el realizado mucho antes por Carlos Sirvent, no difiere de él. Como éste y como Peter Smith, identifica distintas redes de acceso al poder,

en el reclutamiento político en nuestro país. Peter Smith, recurrirá también a variables tales como: el lugar de nacimiento y la ocupación del padre, que de manera equivocada identificará él con el origen de clase.

² Número de años de militancia en el gobierno, número de puestos desempeñados por secretario, número de puestos ocupados en la Secretaría que se llegó a presidir, puesto ocupado antes y después de ser secretario, repetición o no del cargo de secretario en la misma dependencia.

³ Al respecto resulta interesante mencionar las variables que Rogelio Hernández examina para medir la cercanía de los miembros del gabinete con el presidente. El autor detecta si laboraron juntos, si estuvieron en las mismas legislaturas, si sus puestos tenían relación y si estudiaron juntos.

las cuales permiten distinguir fundamentalmente los cargos de elección de los cargos de designación. Sin embargo, Rogelio Hernández considera que no hay una tendencia a que los cargos de elección ni el PRI, sean cada vez menos importantes para conseguir el más alto grado político, sino que, de hecho, nunca lo han sido. En este sentido el autor se opone a la afirmación de la irrupción en el sector público de los tecnócratas vs los políticos a partir de los setentas, afirmación que de alguna manera sí parece desprenderse del texto de Sirvent, aunque habría que señalar que éste también destaca el poder de negociación que tienen en sus manos los secretarios de Estado, poder que aunado al control de los medios administrativos que les confiere el cargo, explica su fuerza política, y les permite jugar con cierta independencia, incluso del presidente.

La oposición entre políticos y técnicos, que critica Rogelio Hernández, como bien lo afirma, ha tenido bastante difusión.⁴ De hecho, también aparece tanto en el trabajo de John Nagle, como en el de Roderic Camp o en el de Miguel Basáñez.

Nagle observa como, después de Cárdenas, los puestos políticos relevantes ya no son ocupados por miembros del ejército. Así, no son los capitalistas quienes han venido a llenar directamente este vacío, sino los profesionales liberales, ya que los estratos sociales más bajos tienden sólo a aparecer en los niveles simbólicos de poder. Los profesionales liberales, dice el autor, son hombres íntimamente relacionados con el éxito y la sobrevivencia del sistema, con un alto nivel educativo. Ello explica la emergencia del técnico de gabinete, del despachador de la administración pública.

Camp estudia la manera en que los futuros líderes políticos son reclutados, principalmente de la UNAM hacia el sistema, en particular hacia la administración pública, con lo que se confirma la idea de que aquéllos que escalan más alto están siguiendo carreras eminentemente burocráticas. Al respecto, este autor señala que, en los procesos de reclutamiento político, la capacidad para tratar con pequeños grupos parece haber tenido recientemente más peso que la de movilizar a las multitudes.

Por su parte, Miguel Basáñez alude al fraccionamiento que en el sector público ha generado los diversos asuntos que los funcionarios enfrentan. Así, los políticos herederos de la burocracia político-militar,

⁴ Este punto merece una aclaración. Si bien es cierto que Rogelio Hernández se opone a la supuesta irrupción, relativamente reciente, de los tecnócratas en la vida política mexicana, sí señala que los políticos mexicanos se encuentran actualmente formados desde un horizonte gubernamental y alejados de la sociedad civil, cuando hasta 1946 habían estado en contacto con las organizaciones de masas, aunque no como sus líderes.

son quienes se ocupan de vigilar la marcha del sistema político y de mantener su estabilidad. Los técnicos, fracción moderna del sector público, son los que se encargan de los problemas económicos y financieros. Los especialistas, herederos de la burocracia administrativa mexicana, son los que se ocupan de los servicios generales del gobierno.

Esta clasificación parece al autor más útil que la que pudiera elaborarse según el lugar de trabajo, o tomando en cuenta los niveles de poder e influencia. Es por ello que después de mencionar las características de las fracciones señaladas, se dedica a captar las similitudes y diferencias entre ellas, así como los grupos de poder existentes al interior de cada una.

El trabajo de Basáñez resulta ser, por lo apuntado, un estudio fundamentalmente tipológico, lo cual, dejando esta disputa de diferenciación entre políticos y técnicos, nos lleva a otra cuestión: apreciar que la investigación sobre la élite política en México ha sido elaborada con base en enfoques teórico-metodológicos de muy distinto corte.

Tenemos así investigaciones de rango empiricista, como la de Peter Smith o Roderic Camp, con mucha información valiosa y un aparatoso manejo estadístico de la misma, pero un deficiente análisis de ella, por una insuficiencia teórica, o porque dichos autores, por su origen, hacen interpretaciones sobre nuestro sistema político demasiado simplistas o alejados de la realidad.

Peter Smith afirma, por ejemplo, nada menos que el sistema político mexicano ha encontrado una nueva fórmula para reinstitucionalizar la esencia del porfiriato, pues desde los años cuarenta, los procedimientos de reclutamiento y selección han recuperado los niveles de control centralizado mostrados durante el régimen de Díaz. Roderic Camp, por su parte, encuentra semejanzas entre nuestros líderes políticos y los administradores de alto nivel británico, ya que conforman un círculo cerrado y se parecen cada vez más entre ellos por sus características, particularmente la manera en que son reclutados de las instituciones educativas, y por los canales que siguen sus carreras.

En el otro extremo, referente a su enfoque teórico-metodológico, está el trabajo de Jorge Alonso. Este intenta hacer una historia eminentemente marxista de la élite política mexicana y su relación con las distintas clases gestadas en la sociedad. La obra resulta ser más una interesante aplicación de lógica dialéctica, que una interpretación novedosa, dado que finalmente repite lo que otros han dicho; a saber: lo que la historia revela al interior de la élite que detenta el poder a raíz de la Revolución es una pugna entre distintas fracciones de la misma, pugna que no es expresión de la lucha de clases. Las estructuras del poder, dice el autor, siguen siempre intactas; los cambios sólo son de modos. Cárdenas, por

ejemplo, en su lucha contra Calles, se apoyó en los movimientos populares, de aquí que desde la cúspide los organice, pero sólo para su control y ruina.

Igualmente, de enfoque teórico marxista es el análisis de Nagle, el cual interpreta la lógica de reclutamiento político en México, con base en la composición del Estado en el capitalismo.

Ahora bien, haber mencionado el texto de Jorge Alonso nos permite pasar a un aspecto importante que él estudia: la relación entre la élite política y la burguesía. Alonso señala cómo la élite política se va enriqueciendo. En efecto, los funcionarios públicos se valen de sus puestos para obtener beneficios económicos; es así como con Obregón y Calles se instalan en las mejores tierras del noroeste del país, y desde entonces, empiezan a aprovecharse de las obras de infraestructura que lleva a cabo el gobierno. En el enriquecimiento de la élite política, la corrupción juega un papel primordial.

El autor analiza los lazos que se establecen entre la élite política y la élite nacional industrial, y cómo dichos vínculos se estrechan después del cardenismo con Avila Camacho. Es así como, sustenta Alonso, los funcionarios enriquecidos se convierten ellos mismos en empresarios, lo cual será muy claro con la élite alemanista.

Años atrás, en su tesis doctoral, Carlos Sirvent había tratado este tema, y defendido la posibilidad de determinar en el seno del aparato político de dominación mexicano, la constitución de un sector que manda, en estrecha relación con la burguesía, en tanto promueve el proyecto capitalista y que, de hecho, se conforma como fracción de la burguesía, pudiendo ser denominada burguesía burocrática, pues la riqueza que acumula la convierte en capital.

Sirvent explica también en este texto, cómo a pesar de estar ligado económicamente con la burguesía, el sector burocrático de ésta tiene intereses propios, cómo, además, tiene que atender los apoyos de las clases dominadas y cómo, por último, surgen fraccionamientos al interior de dicha fracción de clase, todo lo cual produce tensiones y contradicciones.

Estos puntos sobre la pertenencia de clase de los políticos mexicanos son muy interesantes. Rogelio Hernández ubica también la problemática, aunque señala que no se abocará a su estudio. Independientemente que deba seguirse trabajando sobre el tema, lo señalado hasta ahora invalida ciertos juicios, a nuestro parecer equivocados, como el de Peter Smith, al apuntar que existe en México una estructura de poder fragmentada, desde cuyos niveles superiores dominan dos élites distintas y competitivas: una política y otra económica. Ambas, dice Smith, comparten intereses específicos, como es el promover

la acumulación de capital, pero, a la vez, las dos luchan por ganar el control sobre el proceso de desarrollo y la supremacía de la una sobre la otra.

Según lo que hemos podido apreciar, la investigación sobre los altos funcionarios públicos en México, ha producido algunos resultados interesantes, los cuales, sin embargo, al cabo del tiempo no han podido rebasar las preocupaciones que desde los primeros años surgían como básicas.

Es así como, hasta nuestros días, se discute la importancia que tiene la manera en que se integra el mando político en México para lograr la continuidad del régimen posrevolucionario. Igualmente, se sigue analizando las características del político mexicano, su capacidad, su integración a camarillas, el rol de cada uno de estos factores, la tendencia al predominio de sus cualidades administrativas en relación a las políticas. Por fin subsiste el interés por examinar la relación de las alturas de la burocracia, con la élite económica, con el fin de descubrir las alianzas y las contradicciones que genera el funcionamiento del aparato de Estado en México.

En suma, si bien se ha avanzado en el análisis, queda aún mucho por estudiar. La mayoría de los trabajos, según pudimos apreciar, se centran en la revisión de ciertos puestos de gran rango y los funcionarios que los ocupan, lo cual permite a los investigadores profundizar en ciertas observaciones a través de una metodología muy concreta. Lo anterior, no obstante, los limita al examen de las carreras políticas y les impide analizar las relaciones de poder y la dinámica de la toma de decisiones al interior del mando político, así como los fraccionamientos y las tensiones que se generan en su seno, elementos éstos que son los que fundamentalmente explican la dinámica de la élite política, el ascenso político y las sucesiones presidenciales.

Asimismo, la relación de estos agentes de la sociedad política con la sociedad civil, parece sólo visualizarse en función de la extracción social de la élite política y de su pertenencia de clase, de origen, y dado el enriquecimiento que se le permite. Igualmente, se estudia el alejamiento o la aproximación de ésta con las masas. Habría que analizar también el papel de la sociedad civil, no únicamente en tanto formadora de los cuadros políticos, sino como instancia íntimamente relacionada con estos cuadros.

En este sentido, rebasar el enfoque de investigación por cargos políticos, evitando a la vez los marcos conceptuales esquematizadores y alejados de la realidad, resulta hoy en día una tarea urgente para los interesados en el tema. O en todo caso se debe empezar por abarcar los procesos que rigen la ocupación de cargos que, hasta ahora, prác-

ticamente no se han estudiado, en especial las gubernaturas, las diputaciones y las senadurías.

Por último, es asimismo primordial iniciar el estudio del alto mando político a nivel regional, el cual seguramente ofrece variantes interesantes.